

Libros

12

VENTANAS DE PAPEL

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN
INTERMEDIOS

Nunca salgo de casa sin un libro. El pasado sábado, mientras me dispongo a pasar la tarde con Wagner, dudo entre media docena de recién llegados. Al final me decido por dos delgados volúmenes. Deborah Voigt y Jay Hunter Morris, Brunilda y Sigfrido, cantan en Nueva York. Yo los escucho en el cine del barrio. Son seis horas de prodigioso espectáculo, pero hay dos intermedios de más de media hora. En el teatro siempre son un problema. En el centro comercial, un regalo añadido.

El primero lo paso con un café y los aforismos de Ramón Eder, *La vida ondulante* (Renacimiento). Me gustan los libros que se leen picoteando acá y allá. Que nos hacen pensar, sonreír o jugar a darles la vuelta. «Solo podemos perdonar a quien nos plagia cuando mejora nuestro texto», escribe Ramón Eder, pero yo pienso que resulta más fácil perdonarle cuando no lo mejora. Vuelvo a la sala, enriquecido con estas inteligentes breves: «Se asomaba al abismo y tomaba notas», «Los golpes de buena suerte también dejan magulladuras», «Los conversos siempre se pasan de la raya».

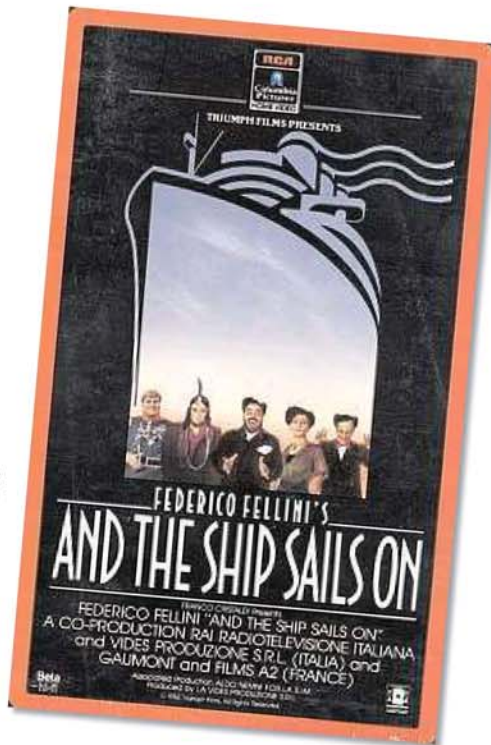
Tras otra ración de magia, hechizos y traiciones, tomo una cena ligera y hojeo *La velocidad del mundo*, de Ángela Vallvey (Fundación José Manuel Lara), un libro de versos viajeros que comienza en Canadá, junto a las cataratas del Niágara, y termina en Suzhou, China, en el Jardín del Maestro de las Redes. El viento es un extraño, las hojas de los árboles intercambian reproches, viene descalza el alba, decimos agua como decimos luz, sin comprender apenas. Poemas breves, apuntes que sirven de trampolín para la imaginación del lector. Saltamos de uno a otro con deslumbrada alacridad.

Cuando de nuevo pongo pie en tierra, respiro hondo antes de regresar a la sala. Sé lo que me espera. Llega a su fin *El ocaño de los dioses*. Sigfrido coquetea con las ninfas del Rin. Ellas cantan: «El héroe se cree invulnerable y sabio, / pero es indefenso y ciego». Como todos nosotros.

RELÁMPAGO
DE INGENIO

LA MUERTA TIBIEZA
DE LOS BOSQUES.
POESÍA SELECTA

ANDREA ZANZOTTO
Edición de Giampiero Bucci
Traducción de Mara Donat
y Giampiero Bucci
Vaso Roto. Madrid, 2011
538 páginas, 38,70 euros
★★★★



La poesía de Andrea Zanzotto (1921-2011) es la que, junto con la de Celan, más radical ha sido en su crítica de la modernidad hecha desde el lenguaje: recuérdese que su visión de la aldea globalizada que vivimos no ha dejado de ser exacta - «una esfera de excrementos de celoides y de tapes» que, con su mercado de baratijas mentales comercializadas, se ha convertido en «una verdadera infección psíquica». Por eso extraer de la amplitud de su obra unas claves que la representen no es tarea fácil, ya que cada uno de sus libros constituye un todo con un estilo, una temática y una escritura singular.

En Zanzotto -como Giampiero Bucci apunta- «el len-

guaje crece hasta convertirse en una suerte de discurso plural que hace posible, con la inserción de voces dialogantes, el paso desde una monolingua ligada a la centralidad del origen hasta la babélica presencia de lenguas extranjeras, jergas científicas, periodísticas y mediáticas». Su texto está lleno de referencias literarias y su polifonía funciona como un espejo y a la vez como una orquestación.

Citas directas

Formado en la Universidad de Letras de Padua con el latinista Concetto Marchesi, estudiante de Hölderlin, traductor de literatura francesa, lacanianos *avant la lettre* y poeta cultísimo, en cuyos versos hay citas directas en griego y en latín, en alemán, francés, proven-

zal y en los distintos dialectos italianos, y no solo de poetas sino también de Heidegger y de Cicerón, cuya definición de historiografía reproduce en latín en el fragmento III de «Alla Stagione», su poesía evoluciona desde un hermetismo inicial que fue muy valorado por Ungaretti, Quasimodo y Montale, quienes le premiarono uno de sus primeros conjuntos de poemas, hacia un lirismo de interpretación romántica del paisaje, en el que son muy claras las huellas de Leopardi, Carducci y Pascoli, pasado el cual se orientaría hacia la concepción textual de Blaise Cendrars, mezclada con la economía de dicción del Paul Éluard menos surrealista.

La palabra inadaptable

Luego comienza una etapa de investigación del verso largo y de la rima consonante, que, en sus diferentes etapas, volverá a aparecer, aunque no como noción dominante. La asunción de la primera persona en una complejidad verbal y real que él muy bien conoce le lleva a querer situarse «más allá de la gris aspereza del mundo» en la experiencia de «existir psíquicamente», que es el título de uno de sus poemas de esta época.

La renuncia a encontrar una «pureza inextinguible» de raíz mallarmiana le lleva a tratarlo cotidiano de un modo que nada tiene que ver con el de nuestros poetas del 50: si alguna comparación puede establecerse, sería con la del peruano Carlos Germán Belli y con el tratamiento poético de canciones populares que hace en catalán Josep Piera.

Zanzotto es un poeta rico y poderoso, que crea neologismos sin cesar y que no admite otro sonido o signo que no sea «la descargada, inadaptable palabra / en el relámpago del ingenioso ingenio». Ahí reside parte -no toda- de su dificultad: en ese decir suyo que parece vetárenos y que queda ahogado por el habla y la *lingüística* en que se manifiesta y que lo produce. No se equivocó Fellini al pedirle la frase véneta de varias de sus películas: *Casanova*, *La ciudad de las mujeres* y los coros de *Y la nave va*. Por eso me pregunto si esta versión no transcribe demasiado y fía todo al calco más que a la traducción, aunque comprendo sus dificultades para ello, que son muchas, y ninguna de fácil solución.

JAIME SILES



Andrea Zanzotto
(sobre estas líneas)
colaboró con Fellini en
películas como
«Casanova». En la
imagen superior, cartel
en inglés de «Y la nave
va», filme para el que
escribió los coros